

REYES Y VASCONCELOS ENTRE LA CONCORDIA Y EL RAYO

Martha Robles

La índole del mexicano, siempre contrastante, pareció desbordarse en dos de sus mejores hombres: Alfonso Reyes y José Vasconcelos. En el primero, la corte-sía puntillosa, la mesura y la fidelidad amistosa como requisitos de laboriosidad equilibrada; el segundo, volcán en llamas, fanático y de juicios implacables. Civilizadores los dos, Reyes legaría lecciones imborrables de humanismo; Vasconcelos, un sembradío de actos, de proyectos inconclusos, y las mejores páginas autobiográficas de nuestras letras.

En junio Vasconcelos y Reyes en diciembre, los dos murieron en el 59 de males semejantes. Quizá nunca se adaptó el corazón de don Alfonso a la quietud aparente de sus páginas; el de Vasconcelos se infartó sin que a nadie sorprendiera. Pertenecieron ambos a un tiempo de embates cotidianos, a un mundo mexicano que, para desconcierto de las mentes educadas, amanecía entre lecturas de Platón y medio dormía acosado por el ruido de las balas. Mundo de voces, de aspiraciones nacionales que cambiaban con los días de la semana, y de una súbita costumbre de enfrentar el rostro de la muerte. Tal el México del "todo por construir", país gobernado por más azar que leyes, cuya inteligencia igual mojaba los manguillos en el campo de batalla que ideaba la unión de la cultura americana desde recintos dedicados al estudio.

De tan diverso, el país, a veces, parecía inaudito. Todo se apretaba durante las primeras décadas del siglo: el que llamara Reyes el "antiguo régimen", los poetas modernistas, las organizaciones laborales, la Universidad recién fundada, el brote armado, el maderismo y su "Decena trágica". Aquel mundo parecía en ebullición, y sus jóvenes, implacables renovadores de un sistema de "orden y progreso" o peonaje amordazado. No es casual, por ello, que de la sociedad en pleno surgieran hombres de acción o pensamiento,

representantes de una hora de cambios radicales, ya que se oponían dos Méxicos, dos tiempos históricos y dos actitudes políticas irreconciliables: el de la servidumbre secular, vinculado al peor legado de las instituciones coloniales, y el otro que suele despertarse con violencia.

El mexicano es un territorio de volcanes: algo hay en nuestro espíritu que emula una súbita erupción para arrojar la fuerza contenida entre lava, llamas y ceniza. Pueblo de estallidos, sí, que un día como tantos hay en nuestra historia modifica su paisaje y deja al descubierto asombros, inteligencia y actos memorables. Hidalgo fue el detonador del movimiento independiente; Juárez, puntal de la República, y Madero, eslabón de un levantamiento incontenible que lo mismo arrastraba el impulso de la "Bola" que asimilaba el afán renovador de las ideas.

Tolvanera se llamó aquel desbordamiento de las balas que dejaría, además de antecedentes para un México encaminado a la justicia, testimonios contrastantes que aún avivan la imaginación de los artistas o señalan el cauce cultural de un

país que oscila entre la búsqueda de libertades perdurables y la imitación de los poderes absolutos.

Si la "Bola" dejaba su secuela de caudillos y matones, la rigurosa educación del Porfiriato —a pesar de que sólo se hubiera impartido en unos cuantos— comenzó a fructificar en dos vertientes: la crítica y el ensayo literario. No es casual, por ello, que la primera conferencia del joven Vasconcelos como ateneísta fuera "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas", confrontación del pensamiento de la hora ante la doctrina positivista y reconocimiento al antiguo discípulo y expositor de Comte en México. Reyes, por su parte, se ocupaba de lo que habría de titular, años después, *Cuestiones estéticas*: ensayos en los que ya eran evidentes el rigor, un estilo y sus preferencias clásicas.

En sendas obras juveniles quedaría la peculiaridad intelectual de uno y otro: el clasicismo y los problemas inmediatos. Quizá como anticipo de sus propios intereses, Vasconcelos ponderó al Barreda educador, al hombre que procuró los fundamentos de un sistema de pensar distinto al del conservadurismo colonial y vinculado a la Europa de su hora. Hombre de acción y pensamiento, en Barreda situaba Vasconcelos las líneas generales de un modelo que hizo suyo y aún enriqueció después de su entusiasta hallazgo de las páginas de Nietzsche.

La prosa de la primera etapa mexicana de Alfonso Reyes, antes de viajar a Europa en agosto de 1913, denota ya la ondulante curiosidad del humanista. "Motivos líricos" llamó a sus iniciales intenciones ensayísticas. Hoy nos sirven como líneas de identidad de un grupo de pensadores de excepción. Sobre todo por sus temas, porque en tal diversidad se advierte la saludable inteligencia de aquellos ateneístas que, sin apartarse de las agitadas controversias del fin del Porfiriato, podían reunirse a comentar al viejo



Alfonso Reyes

Esquilo, leer a Bernard Shaw, deslumbrarse con las páginas de Goethe y seguir, en lo posible, el dominio del voluntarismo anunciado por Nietzsche. Reyes era el joven de los grandes y quizá el mejor dotado para asimilar las eruditas enseñanzas del dominicano Pedro Henríquez Ureña.

Abogados los dos, Vasconcelos litigó y se aproximó a Madero; Reyes, en cambio, se valió de la carrera para ordenar las directrices de su espíritu. Quizá fuera Justo Sierra el hombre intermedio entre estos dos temperamentos. Él fue ministro de Educación con Díaz, maestro cumplido y escritor de los asuntos de su tiempo. Sierra, con sus innumerables acciones fundadoras, procuró el advenimiento ateneísta y, con ello, al México moderno.

Junto a la tumba del colega, Reyes recordó que, cuarenta años atrás, cuando él vivía en Madrid y Vasconcelos en algún poblado del Sur de Estados Unidos, éste le escribió lo que comenzaba a ser profético al iniciarse el mes de julio de hace treinta años: "Alfonso, a juzgar por lo que vivimos, sentimos y pensamos, tú y yo moriremos con el corazón reventado". Que le llevaba siete años y don José sólo se le había "adelantado un poco", agregó don Alfonso. Tan poco, que el 27 de diciembre falleció, y ambos sellaron con sus muertes la memoria de un país de idas y venidas por la paz y la violencia.

Distantes en ideas, los dos se confesaron secretamente unidos por las extrañas ligas que suscita la atracción de los contrarios. De fuego el uno y el otro templado por imperativos éticos, sendos hombres se observaban mutuamente como espejos desfasados. Y es que, desde jóvenes, pusieron a prueba sus talentos diferentes: el de Vasconcelos, con el dominio de la palabra y la plenitud de la acción; el de Reyes, cultivado en el esplendor del lenguaje. "Hijo de la palabra", se llamó a sí mismo, ya que, como confesara cierta tarde a Gastón García Cantú, "para mí la política es un hecho de sangre". De sangre, sí, desde el 9 de febrero de 1913, en que su padre cayera frente a Palacio Nacional. El desafío con Vasconcelos, si claro, pudo salvarse por su mutua amistad.

Se formaron, pues, entre y con lo mejor del Porfiriato. Compartieron intereses culturales y cada uno eligió distintas vías en la práctica de una doctrina hoy olvidada en nuestro medio: el voluntarismo nietzscheano. Quizá fue Vasconcelos el más empeñado en modificar la realidad mediante el móvil de la voluntad diri-

gida. Primero como fundador y primer secretario de la Secretaría de Educación Pública, luego como candidato a la presidencia de la República, este hombre de destellos tan luminosos como ofuscados reiteró una y otra vez que el mexicano es bárbaro e indolente; ni la experiencia colonial justifica su prolongado estado de postración. Levantarse, de una vez por todas, es tan inminente como necesaria la decisión de educarse y trabajar. No existe otra manera, insistió, de dignificarnos, ya que el progreso depende de la suma de esfuerzos y calidades individuales.

Lo interesante de Vasconcelos es que él mismo no fue capaz de gobernar sus pa-

siones. Exigía del país alcances racionales que con frecuencia él abandonaba a cambio de estados coléricos más que primitivos. Ni qué decir de los excesos en los que incurriera como profeta y ángel exterminador; luego, al retomar la pluma, reavivaba sus tormentas íntimas mediante una prosa que aún persuade, sacude a los lectores. "Yo generalmente no pienso, actúo", dijo a Emmanuel Carballo en una reveladora entrevista que todavía sorprende por lo implacable de su contenido, por ese "lenguaje de lápiz recién tajado... [que daba] a su conversación brillo de arma, sonoridad de guerra." Sin titubeos ni expresiones medrosas, entonces de-



Alfonso Reyes

claró algo aún válido en nuestra actualidad literaria:

...En México no hay literatura porque casi nunca se dice la verdad [...] La literatura debe ser, fundamentalmente, protesta. Su raíz es la libertad, la auténtica, no la que, como en nuestro caso, está escrita en los códigos [...] Sólo en países en los que ésta es una realidad, como en Francia, se permiten los estilistas. Yo vivo en una sociedad atada de pies y manos y soy por ello un esclavo, no un escritor.

Por otra parte, Reyes trabajaba conforme al principio de que sólo la razón es

liberadora. Depuraba su estilo, exploraba las raíces grecolatinas de nuestra cultura y enriquecía el lenguaje como instrumento del saber. Ocupado como estaba en los tonos cadenciosos, en la búsqueda de valores atenuantes del natural primitivismo del Hombre en general, omitió la valentía —la real y verdadera que sólo es aplicable en la propia circunstancia—, a cambio de estudiar la teoría crítica que tan magistralmente recogiera de la edad ateniense. La suya es obra de depuración espiritual, de pausas reflexivas, aleccionadora por su síntesis e imprescindible por una vastedad temática que le mereció el apelativo de “hombre de letras”.

De pocos seres podría decirse que están

hechos para la diplomacia. Reyes era invaluable embajador de un país atribulado, de un lenguaje que pugnaba por deslindar su identidad. No tardó en llamarse “mexicano universal” por sus filiaciones clásicas. Y es que, como Goethe en su hora, él aspiraba para sí el temple equilibrado del moralista ideal, del sabio que ha conseguido expulsar de su ánimo la tentación de la bajeza, a cambio de una cordialidad indivisa de la libertad y de la justicia.

Aunque los dos procedían del mismo México, nunca coincidieron sus intereses políticos. Para el escritor de acción, el conocimiento debe estar dirigido “a las grandes construcciones”, para el que concebía la política entre los imperativos éticos, la democracia se reduce, casi, a resultado del evolucionismo cultural. La educación, desde luego, se cuenta entre los resortes que impulsan el cambio de la sociedad. Respecto a sus respectivas conductas frente a las mujeres, a ninguno de los dos se les reconocen actitudes consecuentes con sus ideales civilizadores. En este aspecto, y cada uno a su manera, hicieron suyos los prejuicios mexicanos de una supuesta superioridad masculina.

Sería difícil, si no imposible, dar en nuestra historia con dos hombres que tan bien ejemplifican las tendencias del pueblo mexicano. Uno y otro eran lo que, en su más alta expresión, significa un carácter. Lejos de plantear ninguna preferencia, sendas voluntades seducen por su fuerza apasionada. Sin el brío implacable del infatigable Vasconcelos, el país no se hubiera sacudido su modorra primitiva; sin las aportaciones memorables de Reyes, careceríamos de referencias clásicas. Sus obras, por ello, serán perdurables.

Entre la concordia y el rayo quedaron deslindados los extremos mestizos: la índole indígena, la reciedumbre española y una voluntad adquirida a través de la obra de la cultura. Al cumplirse treinta años de su muerte y cien del nacimiento de Alfonso Reyes, uno y otro escritores perduran como estilos radicales de un México aún alejado de su síntesis fecunda. Modelos mayores de nuestros alcances potenciales, los dos coincidieron en idéntico enfado frente a la ignorancia y la testarudez; ambos denunciaron la indolencia intelectual de nuestra raza; los dos fueron víctimas de la envidia, y como pilares de un tiempo innovador, crearon obras monumentales que ningún contemporáneo ha conseguido igualar. De allí nuestro compromiso y una obligada humildad frente a los móviles del saber. ◇



José Vasconcelos